

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Hoy es siempre todavía

Autor/es:

Escudero, Isabel

Citar como:

Escudero, I. (1999). Hoy es siempre todavía. Banda aparte. (13):3-4.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42301>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



H

OY ES SIEMPRE TODAVÍA¹

En torno a las celebraciones² del veinticinco aniversario de *El espíritu de la colmena*

Isabel Escudero

A niña Isabel, libre en el olvido

Nos han sorprendido un cierto número de estimados colegas con la ocurrencia de celebrar el veinticinco aniversario del rodaje de *El espíritu de la colmena*, que tuvo lugar en un pueblecito perdido de la meseta castellana, Hoyuelos, acudiendo de nuevo allí para realizar un documental televisivo: *Huellas de un espíritu*. La idea presentaba, en un principio, algo sugerente, de evocación, en cuanto que —además de ofrecer algunos testimonios valiosos de los participantes— implicaba un retorno a los escenarios primordiales y una posibilidad de indagación en los rostros y en la palabra de la gente de ahora —los niños de entonces— ante una operación de parecida naturaleza como la que se llevó a cabo en 1973: la proyección de una película en un lugar donde nunca, ni entonces ni ahora, hubo cine; pero esta vez proyectándoles la propia película, *El espíritu de la colmena*, allí rodada, en lugar de *El Doctor Frankenstein* de James Whale —obra que, como se sabe, está en la raíz misma de su fabulación— y que es la que había servido, a través de la secuencia del monstruo y la niña, de punto de partida en aquella ocasión.

Hasta aquí la ocurrencia parecía tan interesante como oportuna. Pero ¿qué diablos pasó para que lo que podía haber sido, entre otras cosas, una curiosa operación dilucidadora sobre los actuales habitantes del pueblo —y con ello sobre el paso del tiempo— quede esencialmente reducido al censo de testimonios en un ejercicio (más o menos lúcido) de presentación y reconocimientos mutuos entre los propios componentes del gremio cinematográfico y otros especialistas (críticos, historiadores, ensayistas, guionistas, productor, actrices, director, etc. etc...)? ¿Por qué esta simplificación, entre culturalista y personal, plagada de opiniones, más o menos subjetivas, y de anécdotas biográ-

ficas, de una obra que habla por sí misma? ¿A cuento de qué ese exhaustivo "pase de revista" de atribuciones de paternidad, el desfile de la nómina de parientes de una criatura nacida en tan extrema soledad? (Paradójicamente, es Víctor Erice el único que, de principio a fin, vivió la soledad de aquel alumbramiento, el que menos presume de autoría en este homenaje. Hasta el propio coguionista —a pesar de la entrañable y apasionada relación con la criatura de la que hace gala en este documento— reconoce su ausencia en el rodaje).

Tampoco la inclusión en este documental (en serie, junto a *El espíritu de la colmena*) de un rosario de películas posteriores —que en cierto modo la remedan, más o menos torpemente— contribuye a la vitalidad y vigencia de esta obra única, sino más bien a su integración. Además, ¿para qué desactivar con literatura de la literatura y retóricas *ad hoc* —procedimiento muy al uso de la Cultura— algo que verdaderamente estaba, y aún parece estar, vivo en la propia obra, gracias a no se sabe qué extraños azares, no atribuibles, desde luego, a ningún mérito perso-

nal? Porque, cuando una obra, o un tramo de obra, acierta, tal como cuando unos versos aciertan a decir verdad, es como si se escribieran solos, como si naciera del corazón común y no de ningún autor personal. Es más, diríamos, que en ese raro acierto influye decididamente el haber sabido quitarse *personalmente* de en medio; dejar que la cosa fluya con la mínima intervención; la técnica debe quedar como subsumida, como en *olvido técnico*, valga la redundancia, al igual que de una bailarina decimos que ha aprendido a bailar cuando ha olvidado conscientemente los pasos de la danza, y mejor baila cuanto más olvida. Cuando toda voluntad de estilo, todo saber de autor, se repliega y queda sobrepasado por la vida misma del instante, confiados en algo más fuerte que nos lleva. Respecto a ese "no saber" demasiado de antemano, son notables, en ese sentido, las observaciones, tanto de los actores como del personal técnico de la película, que recuerdan que allí nadie parecía saber qué iba a ocurrir mañana. Ni la esposa sabía a quién escribía las cartas, ni las niñas sabían de antemano los diálogos, sino que en cada momento todos se dejaban arrastrar —guiados por las sugerencias del director— por el desconocimiento mismo de la cosa. En *El espíritu...* todo parece suceder

1 Antonio Machado.

2 *Huellas de un espíritu*. Emisión de Canal Plus. Con Guión de Carlos F. Heredero y realización de Carlos Rodríguez.

3. Suplemento cultural de ABC, nº 358, 8 de Octubre de 1998.



El espíritu de la colmena, 1973



El espíritu de la colmena. 1973

a través de los ojos abiertos de dos niñas, Ana e Isabel, prendidas del misterio. Una, desde la distancia de la representación, ya aprendidas las reglas del juego; otra, perdida en el abismo, entregada a lo desconocido, enamorada. En ese vaivén rítmico de ida y vuelta de una a otra se mece la infancia. Y en este sentido, llama la atención particularmente el tratamiento radicalmente diferente que este documental hace de las dos niñas. Ana, desde su actual pertenencia como actriz (Ana Torrent) al mundo cinematográfico, (aquí se nota de nuevo el sesgo corporativista) es traída a escena una y otra vez en sonámbula recurrencia que, lejos de avivar la evocación,

la reduce a una especie de zombi peripatético. Niña Isabel (Isabel Tellerías) ha sido olvidada ¿Quizá porque está en otra parte, en la vida a secas y, por tanto, perdida para el cine? Isabel es presencia esencial en *El espíritu de la colmena*, como lo es ausencia fundamental en esta indagación que así queda lastrada de su otro polo dialéctico, la relación entre las dos hermanas que es el fundamento mismo de la película. ¿Será éste uno de los motivos substanciales de esa reducción de la que antes hablamos y que afecta al conjunto del documento?

En otro sentido poco se ha sabido aprovechar de lo que hubiera habido de

bueno en esta nueva visita a Hoyuelos: seguir las huellas de ese espíritu del tiempo en los niños de ahora, de los hombres y mujeres de ahora, (tan uniformados los de Hoyuelos como los de cualquier otro lugar del *Universo Audiovisual*), sometidos ya desde decenios a la administración cotidiana de la televisión (muy al contrario de aquellas niñas de antaño). Lejos de eso, la sesión con la gente del pueblo se despacha pronto y sin calar apenas (salvo el hallazgo, ciertamente conmovedor, de la misma pregonera con la misma trompetilla veinticinco años más tarde) y así queda reducida a simple protocolo y soporte de lo que parece que más importa: el pase de revista de las paternidades, los parentescos, las autorías, las declaraciones de principios, las nostalgias... Una bienintencionada sesión de *espiritismo* que, en vez de convocar a los muertos para vivificarlos —noble competencia del cinematógrafo—, convoca a unos cuantos vivos con nombre y apellidos, (la célula de excombatientes más o menos rebeldes de antaño, ahora más o menos oficiantes de la Cultura dominante), cada cual mirando con el cristal con que se mira. Abundan continuas, y hasta patéticas, referencias históricas a la dictadura, a la censura, al viejo fascismo... ¡Claro que el fondo de la historia, los escenarios y la situación son importantes, más todo eso se da por añadidura! ¡Claro que la trama nace y está enclavada en un tiempo, en un país, en la desolación de una postguerra! Pero, lo cierto es que si esta obra aún sigue viva, (y tal vez lo siga por siempre), es porque ha calado en otro tiempo fuera de la Historia, el de la memoria sin fin, el tiempo mítico de *nunca jamás*. Allí, como dice el poeta: "*Hoy es siempre todavía*". No en vano *El espíritu de la colmena* comienza con: "*Érase una vez...*", fórmula clásica de los cuentos. Por ello, porque esta obra en un mismo movimiento dio cuenta de la Historia y a la vez supo trascenderla y soltarse de ella, se salvó del tiempo, no envejece, siempre es nueva. No necesita efemérides; las efemérides son servidumbres de un tiempo cifrado, histórico, muerto. Cualquier día, en cualquier instante, se abren al mundo los ojos de un niño, de cualquier niño y... Eso es de veras lo importante y lo demás: ¡allá películas!



El espíritu de la colmena, 1973